

LA INTEGRIDAD NACIONAL.

PERIODICO POLITICO.

DIRECTOR: ANTONIO G. LLORENTE.



2.ª Serie.

ESTE PERIÓDICO

se publica los días 3, 6, 9, 13, 17, 20, 24, 28
y último de cada mes.

Madrid: 13 de Abril de 1870.

REDACCION Y ADMINISTRACION:

Plazuela de Santa Catalina de los Donados,
núm. 2, cuarto bajo.

Núm. 11.

EL PLEBISCITO EN CUBA.

En los párrafos con que *La Epoca* ha adicionado la oportuna carta que dirigió al Sr. Director de ese periódico, el ilustrado Sr. D. Vicente Vazquez Queipo, hemos encontrado la explicación que deseábamos. El artículo que esa publicación insertó en sus columnas y que motivó el que publicamos en el número nueve de LA INTEGRIDAD NACIONAL, es ageno á la redacción de *La Epoca*. Sensible nos es que se hubiese olvidado consignarlo así cuando ese escrito pasó al conocimiento general, que si tal se hubiese efectuado, de seguro que ante la opinión pública no habrían aparecido las ideas que en él se anuncian, autorizadas con la respetabilidad de aquel papel. Conocido ese particular, de suma importancia, porque priva al artículo impugnado del prestigio que muchos pretendían concederle, continuaremos hoy el examen del plan que su autor ofrece á la avidez de los que con más ó menos inocencia, pero con imperturbable constancia, buscan los medios de democratizar las provincias ultramarinas, sin detenerse ante el peligro de que en ellas ocurran nuevas y más complicadas turbaciones que traerían la ruina de esos países.

Antes que de esto nos ocupemos, preciso es que digamos á *La Epoca* que no estamos de acuerdo con ella en algunas de las ideas que emite á su vez.

Las cuestiones de Ultramar tienen para España más importancia que los graves sucesos que se amontonan en rededor nuestro, y que siempre serán, cualesquiera que sean su duración y su entidad, pasajeros incidentes en la vida de la nación, que no la destruirán y que no acabarán con su existencia como pueblo español, mientras que en las Antillas se juegan el presente y el porvenir de nuestra nacionalidad y la suerte de nuestra raza en el nuevo Mundo; pudiendo acontecer que esas cuestiones, si tienen una solución adversa, sean los últimos acontecimientos, las últimas páginas de la historia hispano-americana. De aquí el que el plan indicado por el incógnito articulista de *La Epoca* deba examinarse con detenimiento sin limitar las observaciones que sobre él deben hacerse á indicar que se considera insostenible, porque su realización ofrece grandes dificultades en un país en donde existen todavía tantas razas diferentes y tantos intereses encontrados, como si la cuestión versara sobre la esencia del proyecto.

Es, por lo tanto, nuestro parecer, que cuanto se refiere á tan delicados y difíciles asuntos no debe ser tratado con indiferencia ó ligereza, apreciándose equivocadamente como muy secundarios los altos intereses de la patria en unas provincias cuya pérdida habria de influir en un modo muy sensible en los destinos de España.

Para conocer cuánta verdad hay en lo que decimos, basta detenernos en la contradicción que existe entre muchos escritores y hombres de estado de la república norte-americana y la de algunos publicistas y hombres políticos nuestros. Los primeros desean la adquisición de Cuba, país para ellos extraño, poblado por razas que les son indiferentes, sin detenerse en los inconvenientes que de esa adquisición pudieran resultarles, sin ocuparse de los gastos que la conservación del territorio hubiera de proporcionarles, fija la vista en el porvenir y apreciando lo presente con un criterio exacto. Los últimos se esfuerzan por hacer cuanto puede traer la pérdida de tan codiciadas tierras, divagando de sistemas en sistemas, y de proyectos en proyectos, y olvidando que allá existen nuestros hermanos, que les amenaza terribles catástrofes, completa ruina y humillación absoluta, que es muy fácil salvar y mantener unidas á su metrópoli esas opulentas comarcas, vacilando y rindiéndose al fin á un pueril temor de verse obligados á sacrificios que son insignificantes comparados con las ventajas que la posesión de las Antillas habra de producirnos siempre.

Admira, despues de hacer ese paralelo, que cuando cada uno y todos debieran aunar sus esfuerzos para consolidar en América el poder español, conciliando para ello la prudencia con

el patriotismo, haya quienes propongan la venta de Cuba á los Estados-Unidos, y quienes pidan la autonomía de las Antillas ó sea su independencia, aconsejando la adopción de medidas que desalentarían á los hombres leales que allí residen, y que darian aliento á nuestros enemigos, porque envuelven para estos últimos, esperanzas de fácil y seguro triunfo despues de su vencimiento, y para los primeros oprobio y castigo como recompensa de su abnegación y de sus servicios.

En error de esa especie, que tal queremos llamarlo, incurre el autor del artículo admitido en *La Epoca*, sin que baste á excusarlo la idea de que no debemos cerrar los ojos á eventualidades posibles y que conviene adoptar una política en armonía con tan doloroso trance, porque esas eventualidades no pueden sobrevenir si se sigue en el régimen y gobierno de aquellas provincias una conducta enérgica, prudente y acertada, ni España tiene que adoptar otra política que no sea la firme y franca de un poder que tiene de su lado la justicia y que no debe convenir en nada que se asemeje á la segregación de esos territorios.

Que se realicen, con el concurso de los hombres leales verdaderamente interesados en la conservación de Cuba y legítimamente representados aquí, las modificaciones que demanden el estado del país, su administración y sus instituciones; que se lleven á cabo las reformas que la cordura aconseje, despues de un estudio concienzudo y con la oportunidad y la calma que exige la gravedad de cuestiones en que se juega hasta la vida de un pueblo hermano; que obedeciéndose á lo que mandan el espíritu de verdadero progreso y las necesidades generales y el respeto á todos los derechos; se haga cuanto sea preciso hacer para el mejoramiento de aquella sociedad, nada más justo, nada más santo; pero que se recomienden los deseos de los inventores de panaceas políticas para esas islas, deseos en que las más de las veces domina la idea de contemporizar con los separatistas á costa de los derechos de los hombres leales á nuestra nacionalidad, y se pidan violentas innovaciones ó se acojan planes que traerían un séquito de funestas consecuencias, sin tenerse en cuenta las eventualidades que entonces serían posibles, no sólo es censurable, sino que indica duda sobre la justicia que asiste á nuestra patria.

Propónese para despues de sofocada completamente la rebelión, un plebiscito en Cuba, para que en él se decida allí sobre la suerte futura de esa provincia.

Los derechos de España á las tierras en que flota su bandera, á esas tierras descubiertas, pobladas, civilizadas y enriquecidas por ella, ni hoy, ni nunca pueden someterse á la voluntad de mayor ó menor número de traidores. ¿Desde cuándo la razón y la justicia necesitan la sanción de la deslealtad? ¿Hemos llegado por ventura á un extremo tal de desorden en las ideas, que para que aquellas existan es indispensable el consentimiento de los hombres infieles?

Si es así, si los derechos han de fundarse en la fuerza, si la voluntad de los más es la regla á que han de sujetarse los derechos, ni aún en ese caso tiene España que someterse al fallo del corto número de desleales que han alzado la bandera de la rebelión, *sin título alguno legítimo*—como dice *La Epoca*—y despreciando las reformas sociales, administrativas y políticas que se les han ofrecido.

Suponiendo que la nación accediera al plebiscito recomendado por el articulista á que vamos contestando, ¿cuáles podrían ser sus resultados? ¿La conservación de la unión con la madre patria? Pues en ese caso habria sido inútil la sumisión de los derechos de esta á la sanción de los rebeldes. Y despues de haberse así resuelto ¿qué se haría si una nueva sublevación viniera á turbar la tranquilidad de Cuba? ¿Una guerra á muerte á los que alzarán otra vez la bandera de la independencia? Dirían entonces, como dicen ahora los insurrectos, sus auxiliares y sus simpatizadores, que esa es una lucha bárbara, la lucha de los pueblos salvajes y de los gobiernos despóticos. ¿Un nuevo plebiscito? Eso sería establecer una continuación de vergonzosas humillaciones.

¿Resultaría del plebiscito la independencia? Pero debemos suspender por hoy el examen de ese plan, que nos será necesario estendernos y no queremos cansar á nuestros lectores.

Al terminar estas líneas vamos á consignar nuestra satisfacción porque el ilustrado periódico *La Epoca* haya manifestado que el artículo en cuestion no pertenece á su redacción. Una publicación que tantos, tan valiosos y tan oportunos servicios hace á la buena causa hispano-cubana, no podía menos que privar de la respetable autoridad de su bien alcanzado crédito, á ese escrito en que abunda el error ó la mala intención.

COMPARACIONES.

Hay sucesos que, por los intereses que luchan, los sentimientos que despiertan ó las personas que intervienen, tienen el singular privilegio de estraviar desde los primeros momentos la opinión de algunas gentes, creando al rededor de ellos preñada atmósfera de preocupaciones y sombra, que sólo la severa crítica de épocas posteriores, ó el análisis minucioso de un criterio verdaderamente imparcial, pueden llegar á destruir por completo.

La pasión se mezcla las más de las veces, contribuyendo á formar los juicios. Opiniones de personas que intervinieron en los hechos; la propia estimación del adulterio del modo que más conviene á sus propósitos; la analogía con sucesos políticos, los más cercanos, influye y no poco también, formándose de aquí un extraño conjunto de verdades, inexactitudes y exageraciones vulgares que extravía el entendimiento, y entrega en algunas ocasiones á la confusión más lamentable el juicio de hechos que importan mucho para la prosperidad del país.

Esto ha sucedido entre nosotros en varias épocas; esto nos ha valido enérgicas censuras de críticos propios y extraños, y sólo cuando á beneficio de un estudio detenido se han examinado minuciosamente los datos en que se apoya toda afirmación histórica, es cuando se ha comprendido bien la poca exactitud que encerraban esas huecas declamaciones contra los hechos más culminantes de nuestro antiguo poderío.

Se trató de presentarnos como abatidos siempre bajo la autoridad real, y las antiguas Cortes de nuestros reinos vinieron á demostrar el uso de unas libertades á que se nos suponía agenos; se quiso ver en el siglo XVI el fanatismo ignorante de un pueblo en decadencia, y los estudios más recientes comienzan á esclarecer la elevada misión que desempeñó España en la política de todo el continente; se intentó presentarnos como bastardos esterminadores de las razas del Nuevo Mundo y codiciosos infatigables del oro de aquellas tierras, y el examen de nuestras sabias leyes de Indias, y la historia de los pueblos que se desarrollaron á su abrigo, son un testimonio indestructible de que no hay nación que haya sabido ser más clemente y civilizadora en su sistema colonial, que la que con tanta dureza se calificaba.

Pues bien, lo que sucedía al tratarse de puntos históricos de una comprobación difícil, lo que ocurría en épocas muy distantes de la nuestra, está sucediendo á nuestra vista, lo estamos oyendo repetir todos los días, se indica alguna vez por muchos de nuestros periódicos, y no hay uno solo que se atreva á protestar de un error que manchó de un modo tan manifiesto la proverbial nobleza de los sentimientos españoles. Se dice que la guerra que sostenemos en Cuba por conservar la integridad del territorio se halla fuera de las condiciones generales de esas luchas; que hacemos gala de una crueldad contraria á los deberes de la humanidad y que no perdonamos medio de ensañarnos contra los enemigos; pero con tal insistencia, desfigurando los hechos de un modo tan lastimoso y aporrendando una sensiblería tan justa, que algunos periódicos extranjeros han llegado á hacerse eco de estas falsas afirmaciones.

Los que en la prensa de la Península sostienen una política radical para las provincias ultramarinas, creyeron ver en esas supuestas crueldades un síntoma de la intransigencia del partido español; y como los defensores de una

fracción determinada utilizan cualquier medio que contribuya á sus aspiraciones, dieron al olvido los deberes que impone el patriotismo, y uno y otro día vinieron repitiendo escesos que nunca habían existido, coacciones que nadie había llegado á conocer.

Por fortuna las noticias oficiales destruyeron la impresión producida por estas groseras invenciones, que estaban en absoluta contradicción con la actitud de nuestros hermanos; pero que sembraban no obstante dudas en los que, desconociendo su abnegación, juzgaban sólo de su conducta por las declamaciones de algunos periódicos filibusteros.

Lejos de nuestro propósito el probar ahora la injusticia de tales palabras; recientes están los hechos, fresco el recuerdo de esa gran lucha que ha dado un vigoroso testimonio del arraigo que tiene en aquellas tierras el poder español, y sería faltar á los que tantos sacrificios se merecen, intentar siquiera la demostración de unas virtudes que han tenido hartos motivos de manifestarse por completo; pero cuando se denuncia todos los días la exageración de rigor con que se combate á los insurrectos, cuando se asegura por algunos que se emplean medios de brutalidad desconocidos en ninguna guerra, justo será que recordemos la energía de medios que se emplean en la Península, bastante superiores por cierto á los planteados en Cuba contra la insurrección.

Aquí, un partido político, á pretexto de obtener ciertas concesiones que se le ofrecieron, se levanta en armas contra el Gobierno constituido dentro de la legalidad; procura extender el grito de rebelión á todas las provincias de la monarquía, y resiste el mayor tiempo posible la obediencia de las autoridades. Se intenta alterar el régimen político del país, se quiere trocar por la república ó la monarquía tradicional la institución acordada por las Cortes Constituyentes, y el Gobierno dispone contener unos escesos que contrarían de un modo manifiesto la legalidad creada por la Revolución; se organizan con este objeto fuerzas extraordinarias mandadas por un general importante, se autoriza á la autoridad militar para que adopte medidas severas contra los alborotadores, y cómo se procura conservar el orden y extinguir el foco de la rebelión? Amenazando con un castigo tan rápido como inexorable; prohibiendo la reunión de tres personas; negando autorización para circular por las calles pasadas las doce de la noche, y adoptando otras medidas de idéntica severidad.

Se trata, sin embargo, de un movimiento que tiende únicamente á cambiar la organización política del país; á dar otra forma á las instituciones que le han de regir; á establecer, en una palabra, una legalidad sobre la república como se había constituido anteriormente otra sobre la democracia y la monarquía; y sin embargo los poderes públicos estiman de tal modo importantes estas perturbaciones, que amenazan con castigos inexorables, que acuerdan medidas de represión y de castigo, y reúnen brevemente numerosas fuerzas para que las aniquilen.

Pues si esto sucede en la Península, si de este modo se entiende entre nosotros la existencia á una rebelión únicamente de carácter político, ¿por qué no se sigue igual conducta en las provincias ultramarinas, donde se debate no el interés de un partido, sino la existencia misma de la nacionalidad? ¿Por qué parece excesiva una rigidez bastante menor que la que aquí se emplea? ¿Por qué procuran censurarse los castigos impuestos por la autoridad?

Y no se crea que defendemos ni por un momento la causa de los alborotadores de Cataluña; sino que al juzgar hechos semejantes, al analizar insurrecciones combatidas por el mismo Gobierno, no podemos menos de insistir mucho en las diferencias que separan á una protesta contra ciertas instituciones, de un levantamiento armado contra la integridad nacional.

El triunfo de aquella podrá causar hondas agitaciones para el estado social, penalidades numerosas y periodos de profundísimo malestar; pero no causará nunca la ruptura de la nación, el abandono de sus hijos más predilectos, y la pérdida de una provincia á la que

solo ligan tantos vínculos de fraternidad; republicanos ó monárquicos habrán mermado la calma y quizás la riqueza de su patria, pero seguirán unidos con el lazo que estrecha unos con otros á los individuos de una misma nacionalidad. El predominio, por el contrario, de las tendencias separatistas de los insurrectos cubanos destruiría nuestra unidad, y arrebataría á España una parte integrante de su importancia política, dividiendo al mismo tiempo unos pueblos que son hermanos por su origen, que crecieron con los mismos hábitos, y que tienen seguramente que cumplir en América una misión providencial.

¿Cuál es, pues, la conducta que se debe seguir? ¿Abandonaremos á un sistema de contemplaciones é incomprensibles dulzuras la defensa de nuestros derechos en la isla de Cuba, ó adoptaremos para sostenerlos la saludable energía que manifiesta el Gobierno contra los republicanos de Cataluña? ¿Consagraremos á una cuestión relativamente secundaria todo el interés, todo el ~~fin~~, toda la firmeza en fin que se está demostrando, y abandonaremos la lucha contra la insurrección cubana á un sistema de perpétuas concesiones?

Ni lo creemos, ni lo esperamos así; pero como tan á menudo se decanta la excesiva insistencia con que se persigue á los enemigos; como no faltan por acá personas que á título de compasivos pretenden que se olviden los castigos que la justicia impuso por conocidas traiciones, y como esta propaganda de sensibilidad ha comenzado á hacer su efecto, necesario es que recordemos la gravedad que encierra para todos la insurrección cubana, los trabajos separatistas de todos sus cómplices, y las consecuencias deplorables que podría ocasionar una indulgencia imprudente.

Recuérdese, pues, la conducta que se observa con los alborotadores de Cataluña, el ~~inevitable~~ castigo que se les impone; las varias y extraordinarias medidas que se adoptan en una ciudad pacífica, y estamos seguros que será de fructíferos resultados esta energía entre los cubanos insurrectos, que han contado demasiado hasta ahora con la benevolencia de nuestro Gobierno.

Impóngase, pues, el castigo que merecen los delitos cometidos contra la Nación; abandónese el hábito de perdonar con sobrada facilidad á los que trabajan uno y otro día contra la integridad de la patria; pues de no hacerse así perderá su eficacia la pena, se exacerbarán legítimas pasiones en vista de la impunidad, y podrán decir con justicia, hasta los españoles de la Península, que mientras hay ~~inexorable~~ con los alborotadores que turban entre nosotros el orden público, se muestra sobradamente benigna cuando se trata de los que intentan arrancar una provincia á la Nación.

REVISTA POLÍTICA DE LA QUINCENA.

El corto periodo recorrido desde la salida del último correo para las Antillas ha sido fecundo en acontecimientos, preponderando desgraciadamente los que por su carácter triste y profunda trascendencia, tienen que dejar huellas dolorosas en medio de nuestra sociedad, tan agitada en estos últimos tiempos por turbulencias continuas.

Mientras en la vecina Francia sorprende á todo el mundo las estrafalinas evoluciones del poder que allí consulta al pueblo; mientras ese suceso tiene lugar con la mayor calma y sin ninguna de las convulsiones que comunmente acompañan los cambios en política; mientras la clase media y el llamado cuarto estado concurren á esa transformación, nuestra pobre España, á pesar de disfrutar la mayor suma de libertades, y de ser dueña absoluta de sus destinos, comienza á aquejarse de las consecuencias naturales de una interinidad demasiado prolongada.—Y este malestar creciente en todas las clases, y la aspiración poderosa á que se constituya una situación vigorosa y definitiva, no la espresa ya una sola fracción ó partido, sino todos sin excepción; pues palpan y presienten que si tal estado de cosas continúa mucho tiempo, el orden público, la gestión económica, y en fin, todo lo que es indispensable á un Gobierno para marchar desembarazadamente, serán del todo imposibles.—La misma falta de cohesión entre los partidos que concurrieron á la revolución, constituye ya un síntoma de debilidad, que acrece y alienta las esperanzas de los que esperan que el país dividido y sin fuerzas se les entregue sin lucha.

Indiferentes, ó mejor dicho, neutrales en medio de los partidos que se disputan regir los destinos de la Patria, no podemos ser indiferentes á la suerte de ésta, y deploramos las convulsiones estériles en que se va gastando su vitalidad, sin dar más resultado que ahondar rencores antiguos, y hacer imposible la consolidación del deseado bienestar.—Un célebre estadista extranjero acaba de decirlo: «la interinidad matará la Revolución y la España»; y este pronóstico será un hecho, si los partidos, deponiendo sus animosidades, é inspirándose en el patriotismo que siempre nos salvó en circunstancias difíciles, no conjuran la anarquía que nos amenaza.

Todas estas reflexiones nos son inspiradas por los sucesos que han venido precipitándose, sobre todo, por los que aparecen culminantes entre los demás, tales han sido: 1.º La lucha de influencias de unionistas y demócratas en el ánimo del Gobierno. 2.º Las cuestiones y dificultades originadas sobre la oportunidad de reformas en Puerto-Rico. 3.º Las preocupaciones sobre el Concilio y actitud de algunos obispos españoles. Y 4.º Lasturbulencias sangrientas originadas por el sorteo para las quintas.

Las leyes de orden público y la del reempla-

zo de 40.000 hombres de este año, presentadas á las Cortes por el Sr. Rivero, Ministro de Gobernación, han dado lugar á que le dirijan recriminaciones terribles los federales, que no han cesado de acusarlo de inconsecuente con sus antiguos principios, y de estar bajo el influjo de la unión liberal; con regocijo de la Cámara se ha oído al Sr. Rivero decir que en el poder eran ~~indispensables~~ actos de gobierno, que siempre desconocen las oposiciones; pues no de otra manera se puede luchar con éxito con enemigos irreconciliables de todas las instituciones, contra los cuales es preciso estar armado de toda clase de garantías para imponerles respeto.

A pesar de que en estas cuestiones el principio de orden y de autoridad ha triunfado, mostrando perfecto acuerdo en el Gobierno; al seguir la discusión sobre la Constitución de Puerto-Rico se han notado ligeras disidencias. Para nadie eran un misterio los esfuerzos extraordinarios que se hacían en pró y en contra del aplazamiento de ese asunto. Ya hemos hablado en números anteriores de los brillantes discursos pronunciados en su apoyo por los Sres. Navarro y Rodrigo, Cánovas y Plaza, y hasta de la manera de votarlo, operación que se hizo estando ausentes todos los diputados de la unión liberal, pues se habían retirado en la creencia equivocada de que no se votaría en aquella sesión; sólo de esa manera se explica que no hubiera tenido en su apoyo 80 votos más.

Pero lo singular fué, que esta votación tuviera lugar al día siguiente de la caída del señor Becerra, que sin embargo ha hecho esfuerzos después como simple diputado, para que el voto particular del Sr. Romero Robledo fuese desechado. Todos han visto en este singular empeño, el interés natural que debía inspirarle una Constitución que él había confeccionado.

Siendo inminente la dimisión del Sr. Becerra, el general Prim tuvo que optar entre el Sr. Moré, recomendado por la fracción democrática de las Cortes, y el Sr. Ruiz Gómez, propuesto como progresista por el mismo presidente de la Cámara. Sin embargo de que al Sr. Ruiz Gómez lo abonaban su larga permanencia en las Antillas y sus ideas templadas, S. A. el regente tuvo á bien nombrar ministro de Ultramar al Sr. Moré, en el cual concurrían los antecedentes de orador y economista.

No podemos menos de hacerle la justicia al señor Moré de la manera digna con que se opuso á que la votación mencionada se verificara estando ausentes los unionistas; pero las Cortes decidieron otra cosa, y fué preciso obedecer; esto le dió ocasión á pronunciar unas cuantas palabras que verán nuestros lectores más adelante en nuestro periódico, prometiendo grandes reformas, pero proponiéndose estudiar en un corto plazo todos los asuntos pendientes, para venir á exponer á las Cortes su pensamiento sobre política ultramarina.

En estos días de estudio creen ver muchos un aplazamiento tácito de la cuestión, aunque mayores esperanzas fundan los que hoy creen funesta toda innovación, en los rumores repetidos de la salida del elemento democrático del Gobierno, y la formación de un ministerio exclusivamente progresista.

Esta eventualidad se ha creído tanto más inminente, cuanto que al día siguiente de esa votación sufría el Sr. Ministro de Fomento, Echegaray, una derrota moral en las Cortes, que le obligó á presentar su dimisión, la que no le fué aceptada. Un día entero de crisis, negociaciones con todas las fracciones de la Cámara, amenazas de la fracción democrática de divorciarse del Gobierno promesas de la unión liberal de apoyar cualquier ministerio en que sólo hubiera progresistas; halagos republicanos para atraerse al partido radical en esos críticos momentos, ofreciendo transigir en algunos puntos de doctrina y de conducta, todo y algo más se puso en juego, para determinar la solución de la crisis en el sentido que á cada fracción convenía. Mastodo se aplazó ante un peligro mayor, ante las nuevas alarmantes que traía el telegrama, las que tomaban mayores proporciones con el rumor que se difundió rápidamente en Madrid, sobre el propósito decidido del regente á retirarse de la vida privada.

¿Qué originó esta crisis? ¿Qué fué lo que la evitó? Historiemos.

El día 2, durante la sesión, reciben la sorpresa todos los diputados presentes, de ver dirigirse á su asiento antiguo, sereno é imperturbable como siempre, al Sr. Súñer y Capdevila. Semejante aparición fué como un golpe de teatro, pues nadie lo suponía en Madrid, ni se creía tuviera valor para penetrar en España, estando condenado á muerte por haber capitaneado una legión federal en Cataluña durante la insurrección. Mas no permaneció mucho tiempo allí el ex-diputado, pues de una parte las gestiones del ministro de la Gobernación cerca de la presidencia para que lo entregara á las autoridades, y de otra las gestiones amistosas de sus correligionarios, para que abandonara el salón, dieron por resultado que el Sr. Súñer y Capdevila desapareciera tan misteriosamente como había entrado en aquel recinto, y nadie sepa aún por dónde se ha ido, ni dónde está. Aun hubo maliciosos que aseguraron que no había sido tal suceso más que una alucinación, hija de la fiebre política que agita los espíritus. Pero no parece sino que la presencia del impasible filósofo, saturó la atmósfera del salón con el espíritu volteriano de que siempre hizo alarde, pues poco después producía gran tumulto y confusión una cuestión sobre enseñanza.

Interrogado el Ministro Sr. Echegaray sobre sus intenciones respecto á suprimir la enseñanza religiosa en las escuelas, manifestó con la mayor franqueza que no debía enseñarse en ellas ninguna religión positiva.—En el acto presentó un diputado unionista, el Sr. Bugallal, una proposición pidiendo que el Congreso declarase haber oído con disgusto las palabras del Ministro: apoyada con frases elocuentes, es retirada en seguida por su autor.

Pero el partido radical no quiere dejar al señor Echegaray bajo el peso de tal censura, y presenta otra proposición pidiendo á las Cortes declaren haber oído con satisfacción las ideas del Ministro. Gran emoción en la Cámara; se llenan los bancos como en los debates más solemnes, y después de varios discursos apasionados, y á pesar del admirable y filosófico del Sr. Moreno Nieto, que podrá pasar en todos tiempos como un modelo de elocuencia parlamentaria, se pone á votación y es

aprobada por sólo tres votos de mayoría.—Se abstuvieron casi todos los progresistas, lo cual ha sido luego motivo de que se les hagan graves cargos de inconsecuencia, y de que se les tache de estar en connivencia con los unionistas para causar tal derrota moral al Ministro: este así lo comprendió cuando en el acto presentó su dimisión: esto sucedía el día 2 por la noche.

Estando enfermo el general Prim, se han celebrado consejos repetidos al rededor de su lecho; los Sres. Moré y Rivero, se dice, también querían dimitir, pero las noticias de turbulencias inminentes en varias provincias á causa de las quintas que iban á verificarse el mismo día 3, imponen á todos los Ministros el deber de permanecer unidos ante el peligro común del momento, y así se decide.

En efecto con algunos días de antelación ya se anunciaban desórdenes; unos atribuían á los carlistas el propósito de apoderarse como un pretexto del disgusto que producía el actual sorteo para lanzarse á campaña: otros aseguraban que los federales agitaban de nuevo la opinión, para explotar el descontento público; así es que cuando en la provincia de Barcelona y otros puntos se lanzaron á vías de hecho al verificarse el sorteo, rompiendo urnas y listas y maltratando á las autoridades que lo presenciaban, se vieron confirmados todos los temores, y mucho más al saber que tomaban parte hombres de partidos extraños.

Al mismo tiempo circulaban por todo Madrid noticias alarmantes sobre Puerto-Rico, asegurándose que el Capitán general Sanz, pedía su relevo por que no podía tolerar que en su poder se perdiera aquella provincia, lo que fatalmente habría de suceder si no se planteaban con prudencia las reformas que aquí se discutían, y que tenían en gran estado de agitación toda la isla.—Simultáneamente con tales rumores se ha hecho público el nombramiento del general Baldrich para reemplazar al general Sanz.

No ménos inquietud ha causado en esos momentos lo que ya se anunciaba con antelación sobre la resistencia del clero á jurar la Constitución, la prensa radical ha censurado extraordinariamente tal conducta, amenazando con la separación de la Iglesia y el Estado, si del Concilio sale declarada como dogma la infalibilidad personal del Papa, á cuya declaración se sabe prestan toda su adhesión los Obispos españoles. De acuerdo con los gabinetes de Viena, Munich, París y Florencia, se dice que el nuestro ha hecho manifestaciones en aquel sentido al Cardenal Antonelli, pero aún no ha transpirado nada de las negociaciones ni de sus efectos.

Precedida de tales antecedentes, comenzaron á sortearse los mozos para la quinta de 40.000 hombres de este año: en casi toda España se verificó con tranquilidad, pero en varios pueblos de la provincia de Barcelona, la resistencia ha sido sangrienta, teniendo que deplorar hasta hoy multitud de víctimas. En Cartagena, en Sevilla, fué dominado el desorden inmediatamente, pero no así en el llano de Barcelona. La resistencia comenzó en Sans, que fué sometido después de varias horas de fuego. Sublevados los otros pueblos de las cercanías de Barcelona, cortaron los telégrafos y ferro-carriles incomunicándose con Madrid. Después de luchas parciales, todas las fuerzas rebeldes se concentraron en Gracia, que ha resistido durante cuatro días, no queriendo el Capitán general dar antes el ataque decisivo, por temor de dejar desgarrada á su espalda á Barcelona: y tanto mas prudente ha sido esta conducta, hasta recibir los refuerzos que del resto de España le iban llegando, que esos mismos días han llevado su atrevimiento los revoltosos hasta formar barricadas en sus barrios extremos.

Los bandos terribles que se han dado, los ha dictado la necesidad, pues teniendo cercada la villa de Gracia habia tambien que atender á Barcelona, donde por primera vez se empezaba á usar contra las tropas el triste recurso de disparar desde los terrados, azoteas y balcones.

Por orden del general se han formado comisiones de vecinos honrados en todos los barrios para proceder al desarme, lo que ha dado excelentes resultados. Apagados los fuegos en los barrios extremos, y ocupados militarmente, se han concentrado sobre Gracia los medios de reducirla con seguridad. Desde el día 5 hasta el 9 al amanecer, ha resistido los ataques de la infantería y de dos baterías asentadas contra el sitio en que se habían fortificado; lluvias continuas han entorpecido las operaciones, al mismo tiempo que la necesidad de hacer frente á las masas que del llano hostilizaban, con el fin de unirse al grueso de los rebeldes, que según se cree ascendían á seis mil. El día 9, ante el ataque combinado de tres columnas ha sido vencida la rebelión en su foco, é inmediatamente las tropas han ido á proteger la reparación de los ferro-carriles y telégrafos que habían sido destruidos.

El día 6, y en medio de las ansiedades naturales en tal situación, se recibió el telegrama de la Habana en que Caballero de Rodas anunciaba la fuga de Jordan, y las ventajas obtenidas sobre los rebeldes. Un voto de gracias de las Cortes ha sido la contestación unánime de todos los diputados á los heroicos defensores de nuestra nacionalidad.

Pero como nota discordante en medio de este concierto de plácemes y de satisfacción general, *La Discusión* y *El Universal* continúan abogando porque vendamos á Cuba, y ha habido un articulista anónimo que en otro diario propone se someta á un plebiscito su conservación ó abandono, lo que hemos refutado como se merecía.

Los momentos en que la opinión pública ha estado pendiente de la lucha en Barcelona, no ha impedido que se abordara y discutiera la ley electoral, habiendo surgido la discordia y la dificultad de entenderse, en la cuestión de compatibilidad é incompatibilidad del cargo de diputado con todo empleo retribuido, y se está en negociaciones para hallar una fórmula de transacción entre tantos pareceres encontrados.

Se han publicado en lo que va de mes, la ley concediendo pensiones á las viudas de todos los que han muerto fusilados ó de heridas recibidas desde enero de 1866, el reglamento para provisión de escuelas de primera enseñanza, y el decreto exigiendo el juramento á la Constitución á todo el profesorado de España.

En cuanto á noticias personales, no podemos ocultar, tal ha sido la publicidad que le ha dado ya la prensa francesa, la ruptura y separación de los que fueron reyes de España, yendo D. Fran-

cisco de Asís á vivir á un domicilio distinto, y recibiendo la asignación pactada en un contrato en que han intervenido cuatro celebridades del foro francés.

Coincide con tal suceso, el rumor acreditado de que D. Juan de Borbon, que en otro tiempo habia abdicado sus pretendidos derechos á la corona de España, á favor de su hijo el duque de Madrid, se muestra hoy arrepentido, y trata de presentarse personalmente candidato al trono vacante, aceptando la Constitución democrática que han votado estas Cortes. Los carlistas le niegan todo derecho y sólo reconocen á su hijo.

El duque de Montpensier está ya sometido al tribunal militar de este distrito, y pronto se reunirá el consejo de guerra para juzgarlo por su duelo con D. Enrique, permaneciendo entretanto preso en su casa. Apenas hablan ya de él sus partidarios en la prensa, así como tampoco nadie habla de ningún otro nuevo candidato.

En cambio en la prensa radical, y según se dice, inspirada por una eminencia de la situación, ha empezado á aconsejarse la conveniencia de que estas Cortes se disuelvan y se elijan otras nuevas, á fin de lograr que el elemento conservador quede con una exigua representación. Si esta idea hace camino ó no, el tiempo lo dirá; en tanto la unión liberal sigue asegurando que apoyará toda situación exclusivamente progresista, y ya se prepara á tomar parte en la discusión de las leyes referentes á Gracia y Justicia. Ha acordado en su última reunión, que se opondrá á que se discutan por autorización, exigiendo que se voten por artículos; en cambio declara cuestión libre la del matrimonio civil, para que cada cual vote según su conciencia.

Al indicado proyecto de ley que entraña una completa transformación en nuestras costumbres, le espera una fuerte oposición de parte de la prensa moderada y carlista, y sobre todo del clero católico, y se empieza á agitar ya la opinión en los pueblos y aldeas, lo que no deja de causar inquietudes al Gobierno.

Los políticos de la fracción más avanzada de las Cortes, y la prensa que los secunda, no desmayan en la tarea de contrarrestar y sobreponer su criterio en este asunto á las creencias y á los hábitos tradicionales del pueblo español.

En tanto, todas estas cuestiones han hecho un pequeño alto por la suspensión de las sesiones de Cortes durante la Semana Santa, lo que hará la situación del Gobierno más espedita para calmar por completo la agitación originada por las quintas, y preparar una solución cualquiera que vuelva la tranquilidad y la esperanza á todas las clases alarmadas por la situación anómala en que se halla el país.

La misma convicción de que ninguna fracción de la Cámara tiene mayoría bastante para hacer triunfar sus aspiraciones especiales, es la que hace adquirir mayor consistencia á la idea de una próxima disolución de las Cortes Constituyentes, pues los más intransigentes fian en que una renovación total les dará la mayoría decisiva que hoy les falta.

Los momentos son críticos para España, y nadie puede augurar el desenlace que han de tener todas las dificultades presentes; pues mientras los espíritus pusilánimes ven delante solo el triunfo de la anarquía ó de una situación de fuerza, los que recordamos las turbulencias continuas siempre sofocadas con dicha desde la Revolución acá, fiamos en que el patriotismo de todos se sobrepondrá al fin á las pequeñas pasiones, y se pondrán al fin en salvo los grandes intereses sociales por cuya defensa se han hecho ya tantos sacrificios.

Se han cambiado los siguientes telegramas entre el ministro de Ultramar y el capitán general de Cuba:

«El ministro de Ultramar saluda afectuosamente á su amigo el general Caballero, y le ruega haga presente á todas las autoridades y corporaciones, que al entrar en el ministerio consagra todos sus esfuerzos á la pacificación y prosperidad de la isla.»

El general Caballero de Rodas ha contestado desde Puerto-Príncipe, con fecha de antaayer, lo siguiente:

«Doy á V. E., oficial y particularmente, cumplido y cordial paraben, y se lo doy también como intérprete del país que se congratula de ese nombramiento de feliz augurio en los momentos de crisis de la insurrección.»

El gobernador de Córdoba se ocupa sin descanso en extinguir el bandolerismo desarrollado en alguna proporción en aquella provincia.

Según las noticias que aquella autoridad comunica al Gobierno, Córdoba se verá muy en breve libre de aquel elemento de perpétuo temor para los habitantes de la provincia.

El ataque de Gracia comenzó por disparos de cañón y en medio de un gran temporal de agua. A las seis y media de la mañana de ayer eran dueños del arrabal las tropas, que experimentaron pérdidas de escasa importancia.

Los insurrectos habían levantado nuevas barricadas con parte de los materiales empleados en la construcción de las primeras, siendo tomadas, á lo que parece, sin gran resistencia.

Ha entrado el más profundo desaliento entre los simpatizadores y laborantes de Nueva-York, desde que el capitán general de Cuba ha tomado á su cargo la dirección de las operaciones militares sobre el mismo campo en donde los insurrectos hacen sus habilidades. Y tienen fundados motivos para desalentarse, y mayores los tendrán cuando llegue á su noticia el último despacho de la Habana.

Del periódico *El País* de ayer tomamos lo siguiente:

«Han salido ya de Inglaterra dos buques con el material necesario para establecer el cable sub-marino desde Puerto-Rico á Samaná y Santiago de Cuba.

La empresa que tiene á su cargo extender el cable parece enlazará también á Puerto-Rico con la Península, por medio de las comunicaciones sub-marinas para el verano próximo.

Esta operación será presenciada por un buque de nuestra marina de guerra, según nos han asegurado.»

Por decreto de 10 del corriente ha sido ascendido al empleo de brigadier el coronel Don Agustín de Araoz y Balmaseda, que en la acción de la Mina de Juan Rodríguez, en Cuba, resultó gravemente herido.

Según dice el *Tiempo* del 11, se han hecho y continúan haciéndose en Barcelona muchas prisiones, y los consejos de guerra funcionan con la mayor actividad.

A EL UNIVERSAL.

Con el título LA CUESTION DE CUBA, publica el *Universal* un artículo en su número del 11 del corriente, al que diéramos cumplida respuesta si no nos detuviera una circunstancia para nosotros muy atendible. Es esta el anuncio que hace al concluir la tercera parte de ese escrito en los términos siguientes:

«Otras muchas consideraciones podríamos aducir en prueba de nuestra opinión, y lo haríamos, si las expuestas fueran contestadas; pero no lo serán.»

Se equivoca el *Universal*; sus consideraciones serán contestadas por nosotros, y nos parece que victoriosamente; pero para evitar que se crea que no esperamos las otras que puede aducir en prueba de su opinión, y que seguramente, como fuerza de reserva, tienen que ser las más poderosas, le suplicamos que las publique, prometiéndole que a nuestra vez daremos su descargo de darle la respuesta, que dice no lograr.

Nos parece que en cuestión tan importante no deben tenerse reticencias inútiles, sino que ha de hablarse con franqueza y extensión.

De la *Correspondencia* del 11 tomamos lo siguiente:

«Hoy se ha recibido un telegrama oficial de la Habana, dando cuenta al gobierno de que la junta que representa los elementos productores del país decretó anteayer (9 abril) un empréstito sin interés de cinco millones de pesos para terminar la guerra.

«La reunión fue presidida por el segundo cabo general Carbó.»

DOCUMENTO PARLAMENTARIO

Discurso pronunciado por el Sr. Navarro y Rodrigo, en la sesión del día 29 de Marzo de 1870.

(Conclusion.)

Estudiemos a grandes rasgos, estudiemos rápidamente ese pasado. Cuando tuvo lugar la ínfima invasión francesa, nuestras colonias quisieron aprovechar aquella oportunidad para realizar sus sueños de independencia. Un elemento inquieto, un elemento belicoso, un elemento solapado, un elemento habilitado, nacido de la colonización de las Américas, gritaba en todas partes ¡Viva Fernando VIII! y gritaba para proporcionar un seguro hipócrita con que encubrir sus aspiraciones; pero en todas partes nombraba juntas locales para reemplazar las autoridades de la Metrópoli. Allí donde los vireyes fueron débiles, allí se hundieron; allí donde los vireyes tuvieron entereza, allí se salvó la causa de España, allí se salvó la causa del derecho y allí se salvó la causa de la Patria. Sucumbió la causa de España en Chile por la debilidad de Carrasco; en Buenos-Aires por la debilidad de Cisneros; en Caracas por la debilidad de Emparan; en Quito por la debilidad del Conde Ruiz de Castilla; en Nueva-Granada por la debilidad de Amar; en todas partes por la debilidad de los vireyes. En Chile, en Buenos-Aires, en Caracas, en Quito, en Nueva-Granada, en todas partes, se gritaba ¡Viva Fernando VIII! pero se gritaba al mismo tiempo: ¡Abajo las autoridades españolas! ¡Abajo los vireyes españoles! como en Cuba se quiso gritar también y se gritó ¡Viva la revolución! ¡Viva Prim! y se invitó al general Lersundi para constituir una junta popular que gobernase la isla; y cuando esto no dio resultado, se buscaron sus afiladas políticas para que se declarara independiente con Isabel II, porque a nuestros enemigos en América les es igual una u otra causa política; lo mismo quieren a Isabel de Borbon que la república, con tal de realizar su infame propósito.

A principios del siglo, en nuestras colonias se constituían esas juntas locales con el pretexto deslumbrador de ayudar a los españoles contra los franceses, y se hablaba contra las autoridades españolas diciendo que estaban vendidas al francés; como ahora se dice que se quieren muchas, muchas libertades para unir aquellas provincias con la madre patria; y se tacha a aquellas autoridades, que piden las cosas con moderación, con prudencia y con patriotismo, de que son reaccionarias ya que no se las calumnie vilmente, diciendo por lo bajo que son instrumentos de la restauración.

Me dice el señor ministro de Ultramar que quienes son los que lo dicen. ¿Cree su señoría que si yo lo supiera no se lo diría? ¿Cree su señoría que no vendría aquí a denunciarlos, cumpliendo un deber patriótico? Pero así como el poder de España sucumbió en todas partes donde los vireyes fueron débiles y celebraron transacciones con los naturales, así sobrenadó y salió incólume allí donde no se celebraron esas transacciones, como en el Perú, donde estaba de virey Abascal y el enérgico Goyeneche, delegado de la junta de Sevilla, y como ocurrió en Méjico. En Nueva-España, señores, si el inmoral y corrompido Iturrigaray, digna hechura de Godoy, quiso favorecer a los enemigos de España procurando proclamar la independencia de aquel país, los españoles, apoyados en la audiencia, en lo que entonces se llamaba Real Acuerdo, depusieron a Iturrigaray, al cual aclamaban los naturales por su libertador, bien que fueran él, y su familia más, tipos de venalidad y de corrupción; y allí sin derramarse una gota de sangre, depuesto del poder Iturrigaray, pasó este poder desde el motín de la calle a las trémulas manos del octogenario Garivay, y en poco tiempo de las manos de Garivay pasó a la acción múltiple y peligrosa de

la Audiencia, y de la Audiencia a las del bondadoso y vacilante Arzobispo Lezama. Todo esto se hacía sin que los criollos, sin que los que querían proclamarse independientes se atrevieran a iniciar, ni mucho menos emprender, ningún movimiento.

Es decir, señores diputados, que al principio del siglo, cuando la sangrienta batalla de Ocaña parecía ser para nosotros lo que la batalla del Guadalete, esto es, el fin de nuestra nacionalidad; cuando los ingleses favorecían a nuestras colonias para que no cayeran en poder del francés, y yo creo que para vengarse de nuestro generoso pero imprudente reconocimiento de la independencia de los Estados Unidos; cuando los franceses hacían lo mismo ayudando a nuestras colonias, para evitar que los recursos que nos enviaban favoreciesen a la Metrópoli, en aquellos momentos conservamos en la obediencia de España los dos grandes imperios de Méjico y del Perú, los dos grandes imperios conquistados por el heroísmo del gran Pizarro y por el heroísmo del gran Cortés.

¿Sabeis por qué? Porque lo primero de que se cuidaron los españoles que los gobernaban, ó que en ellos vivían, fué de conservarlos fieles y de continuarlos en la obediencia, sin pensar en si era un Borbon ó un Bonaparte el que ocupaba el palacio de Madrid (porque la patria está sobre todas las dinastías del mundo); como antes en la guerra de sucesión que hubo en España a la muerte de Carlos II, aquellos vireyes y aquellos habitantes de las Américas se ocuparon en conservarlos fieles para España, sin detenerse ni pensar si era un Austria ó un Borbon el que ceñía la corona de San Fernando, y sin preocuparse de hacer prevalecer éstos ó aquellos principios. Porque ya lo sabeis: cuando llegan ciertos momentos, hay que pensar, no en la majestad augusta del poder, no en la grandeza inmortal de la libertad, sino que hay que pensar en la grandeza y majestad de la patria, que en mi concepto son superiores é incomparables a toda otra grandeza y a toda otra majestad.

Así, pues, cuando cayó Napoleon, cuando se pacificó la Península, cuando Fernando VII estuvo de nuevo sentado en el Trono, reconstruimos el mundo colonial, que se nos iba de entre las manos. Y estábamos a punto de realizar esta obra verdaderamente colosal y verdaderamente titánica, porque ya la bandera de la insurrección sólo flotaba en Buenos-Aires, cuando tuvo lugar la insurrección del ejército destinado a la completa pacificación de las Américas; cuando tuvo lugar la sedición de las Cabezas de San Juan, sedición que muchos liberales consideran como la feliz culpa que dió lugar a nuestra redención de 1820, sedición que muchos absolutistas consideran como una página de vergüenza para el partido liberal, y cuyo autor y cuyo héroe trasmite a la posteridad su nombre esculpido en letras de oro en esas paredes, no sé si por la gloria de su vida, ó por el martirio de su muerte; no sé si como un trofeo inmaculado del liberalismo, ó como efeméride sangrienta, como acusación perenne del odio, crueldad y venganza de los bárbaros sentimientos de crueldad y de venganza que han acompañado siempre al absolutismo entre nosotros.

Y ahora, oid, os ruego que me oigais con atención, aunque mi palabra sea ingrata y premiosa; oidme con atención, porque voy a presentaros un paralelo de una enseñanza elocuentísima y de una oportunidad evidente a lo que hoy nos pasa en el archipiélago antillano.

Ocurrida la sublevación de 1820, proclamada la Constitución de 1812, los liberales de entonces, adornados de un sincero patriotismo, como hoy lo está el Sr. Becerra, creyendo conservar las Américas, como hoy cree el Sr. Becerra salvar con su política a Cuba y Puerto-Rico, juzgaron que el asunto era caso de honra, como hoy lo juzga el Sr. Becerra, y llevaron a las Américas todas las libertades conseguidas a la proclamación de la Constitución del año 12. En esta tarea ayudaban a los nobles, a los sinceros liberales de 1820 muchos americanos; y hubo uno, hubo varios, pero hubo uno especialmente, que porque había sufrido los rigores de la reacción del año 14, que porque había sufrido áspera y dura prisión en Valencia, el eclesiástico Ramos Ariste, influía grandemente con el Gobierno y le pedía muchas libertades, porque según él, de esa manera no renegarían los americanos de nosotros; y le pedía además que fueran separadas las autoridades que más se habían distinguido en la lucha contra los insurgentes, reclamando que fuese a Méjico un general liberal, muy liberal, O'Donoghú, que disputaba al mismo Riego el primer rango en la popularidad de las lógicas masónicas y de los cuarteles. La Constitución fué proclamada, las libertades fueron llevadas a América, y estas libertades fueron factores permanentes de anarquía y facilidades imprudentísimas proporcionadas a los amigos de la independencia para trabajar contra España.

O'Donoghú, aquel general que había de servir de lazo de unión entre la nueva y la vieja España, lo primero que hizo al llegar a Méjico, fué suscribir el acta de Córdoba, es decir, la independencia de Méjico, é insultó a los españoles que no quisieron permanecer allí por no confundirse con los traidores; y poco después, aquel Ramos Ariste, que se agitaba y rebullía como diputado entre los diputados españoles, que con voz tímida y dulce, con voz temblorosa hacia el largo y calumnioso proceso de nuestra dominación en América, que reclamaba al oído de los ministros la separación de las autoridades leales, y que decía que Méjico jamás se había de separar de España, aunque se separasen las demás colonias; aquel Ramos Ariste volvió a figurar en Méjico, ¿sabeis para qué? No para defender a España, no para defender a los españoles, sino para dar el ejemplo, él tan tímido, tan dulce y tan tembloroso en España, para dar el ejemplo de una horrible matanza entre los españoles.

Y ahora, oidme una observación.

En 1812 se quiso plantear la Constitución en Méjico, y porque había allí un general de gran carácter, de gran energía, de gran valor, que no temió arrostrar todas las responsabilidades por no publicar la Constitución a pesar de que no tenía tropas, a pesar de que el cura Hidalgo estaba en posesión de las provincias más ricas, a pesar de que el cura Hidalgo acababa de amenazar a la capital con 80.000 indios; porque estaba allí ese general, Méjico se salvó, la autoridad de España en Méjico se

salvó; y en 1820, cuando teníamos allí hermosas y aguerridas tropas españolas, formadas en la titánica lucha de la Independencia, cuando Méjico estaba completamente tranquilo, Méjico se perdió; porque el gobierno español de entonces estaba empeñado en llevar a toda costa la Constitución a Méjico, ó como decía aquí esta noche el Sr. Quintero, estaba empeñado en perder las colonias para salvar los principios, para salvar la estética, la regularidad y el radicalismo de los principios.

En vano fué, señores, que el último virey de Méjico, el conde del Venadito, hombre de grande patriotismo, general de marina, Ruiz de Apodaca, deudo inmediato del actual señor ministro de Marina, quien podrá contar a sus compañeros de Gabinete la historia de su tío en Méjico, para que sepan qué significan ciertos elementos y ciertas libertades en América; en vano el conde del Venadito decía al gobierno de Madrid cuando supo la insurrección de Cabezas de San Juan: «Señor, aplicar la Constitución a Méjico es perder este imperio para España.» El Gobierno de Madrid, no admitía vetos de nadie. En vano fué que un hombre de superior ilustración, que conocía muy bien el país, el fiscal Oduardo, cubano de nacimiento, dijera: «Señor, no se debe pensar en proclamar libertades mientras dure este estado de cosas.» El Gobierno de Madrid, no sé si porque se consideraba la encarnación suprema de la sabiduría, no sé si porque cedía a un vértigo de popularidad, no sé si porque estaba bajo la presión de los americanos ó de otras influencias ocultas, no sé por qué, decía que el Gobierno no necesitaba consejos de nadie; que costara lo que costara, que pesara a quien pesara, era necesario plantear la Constitución en Méjico.

La Constitución se planteó; ¿qué resultados produjo? El general Dávila, que mandaba en Veracruz, cuando le pidieron que jurase la Constitución de 1812, dijo después de jurada: «ya hemos jurado la Constitución; ahora, españoles, preparaos a proclamar la independencia.»

Un escritor ilustre, un escritor instruidísimo, testigo de mayor excepción en las cuestiones americanas, un escritor que ha sido Ministro de la república de Méjico en tiempo de la presidencia del general Bustamante, se expresa en estos términos al hablar de la independencia de Méjico:

«España perdió por la revolución de Iturbide, originada en la del ejército en la isla de Leon, toda la parte que le pertenecía en el continente de la América septentrional, con un ejército numeroso y grandes acopios de artillería y municiones: en los dos años siguientes perdió también, por la misma causa, lo que todavía poseía en el de la América meridional. Y así fué como una sedición militar y las ridículas disposiciones de las Cortes destruyeron una dominación formada por la sabiduría de los siglos; pues aunque en los designios eternos de la Providencia divina entrase la independencia de las Américas, en el tiempo que debía verificarse, como los sucesos humanos se efectúan por medios también humanos, las causas expresadas fueron las que produjeron tan grandes consecuencias. En compensación de tan inmensa pérdida, sacó cuatro años de desorden y guerra civil, una invasión extranjera, cuyo enorme coste tiene que pagar, préstamos ruinosos que reconocer y establecimiento de la autoridad absoluta del Rey por diez años más; lo que no cesó hasta la muerte de Fernando, el cual con sus vacilaciones sobre disposición testamentaria y declaración de heredero de la Corona, legó a su Nación, por última calamidad de tan funesto reinado, una guerra de sucesión.»

Es decir, que Alaman, el escritor más juicioso de aquel país, reconoce que la independencia de Méjico fué debida a las indiscretas disposiciones de las Cortes. ¿Temed que otro Alaman del porvenir haga recaer sobre vosotros igual anatema!

Todavía tengo otro testimonio, también imparcial y verídico, el testimonio del autor de la independencia de Méjico; el testimonio de Iturbide, que en sus Memorias dice «que el restablecimiento de la Constitución en España y las medidas que las Cortes tomaron, parecían revelar el empeño de los españoles en perder aquel país para siempre.»

Señores, esta es la historia, la historia imparcial de lo pasado, que aunque no quiera el Sr. Ministro de Ultramar, es espejo del porvenir; la historia por personas imparciales, por extranjeros, por americanos; no la historia que fantasean a su placer los que se empeñan en llevar al Gobierno a un abismo.

Así la independencia de Méjico se realizó, no por el esfuerzo de los naturales, sino por la imprudencia y las temeridades y las locuras del Gobierno de Madrid; empeñado en reformar todos los elementos que le eran hostiles en América, y en quebrantar, en destruir, en matar todos los que eran amigos, hizo lo primero, porque los clubs, las lógicas masónicas y los periódicos eran un ariete formidable contra nuestra dominación, porque crecía la audacia de los criollos al compis que se desgastaban los resortes del poder público; y lo segundo, porque exasperaba al ejército negándole las recompensas debidas por la brillante y larguísima campaña que acababa de realizar contra los insurgentes, mientras que prodigaba escandalosamente las mercedes, gracias y honores al ejército de las Cabezas de San Juan; y porque tenía un gusto especial en perseguir en aquellas remotas regiones al elero, elemento moral en que se apoyaba allí nuestra dominación, como hoy se apoya en las islas Filipinas (sobre cuyo estado, y dicho sea de paso, me permito llamar la atención del Gobierno en general, y del Sr. Ministro de Ultramar en particular, no sea cosa de que también de allí el día menos pensado nos vengan noticias muy desichadas).

Desconcertó también los elementos que nos eran favorables, como era el partido español; porque exasperándolo y obligándole a aceptar una Constitución que repugnaba, le arrojó en brazos de Iturbide, que ofrecía cierta moderación y proclamaba principios conservadores de modo que muchos, muchos españoles se fueron detrás de la independencia, porque la desesperación nos lleva a todos los abismos. Por eso yo considero muy natural que los españoles y cubanos leales, cuando oyen hablar de abandonar ó ceder a Cuba, digan y repitan que antes que arriar la bandera en el castillo del Morro convertirán aquel fértil y bello país en un montón de ruinas africanas; y yo, que creo que las situaciones históricas se reproducen; y yo, que creo que la historia de lo pasado, en su conjunto, en sus grandes lineamientos,

en su sentido íntimo, filosófico y humano, es la profecía cierta del porvenir, yo me dirijo, en nombre de la patria, al ministerio en general, y en particular al señor Becerra, y les digo: no exasperéis a los españoles de Cuba, desoyendo sus votos y hablando con desden y con ironía del heroísmo de sus voluntarios en los campos de batalla; aplicando el escarpelo de una crítica literaria intempestiva a las peticiones reverentes que dirijen a estas Cortes; no los exasperéis, porque la desesperación conduce a todos los abismos.

Y me dirijo también a los españoles y cubanos en Cuba, y les digo: tened en cuenta lo que pasó en Méjico, no imitéis la conducta de aquellos españoles; acordaos de la suerte de los generales Negrete y Echegarri, que tan heroicos servicios prestaron a Méjico; acordaos de las tripulaciones del navío *Asia*, y del bergantín *Valiente*, buques vendidos a los mejicanos porque estaban desatendidos por el Gobierno español; acordaos del rico Fagoaga y del sábio Monteagudo y de los miseros dependientes y pobres braceros de las casas de comercio y de las casas de campo españolas; todos perecieron, ó en el cadalso, ó en la emigración, ó en el destierro, ó de hambre y de frío en las vecinas comarcas de Nueva Orleans; uníos estrechamente a las autoridades que representan a la patria; haced política de amor, porque los cubanos leales son hijos de la misma patria y hermanos nuestros; y tened confianza en el porvenir, porque los Ministros no son inmortales (dispense el señor Ministro de Ultramar que le entone este *memento homo*, bien que no sea para S. S. tan peligroso como el voto que a manera de espada de Damocles tiene pendiente sobre su cabeza un verdadero radical, un correigionario de S. S.); tened confianza en el porvenir, porque los Ministros no son inmortales, porque las faltas de un Ministro las corrige el mismo, avisado por la experiencia, ó si no algunos de sus sucesores que conozcan a fondo, que conozcan mejor los intereses verdaderamente españoles en América.

Pero yo no sé por qué os fatigo recordando historia pasada, la historia de la independencia de algunas colonias en 1812 y en 1820, cuando tenemos una experiencia más fresca, más palpante, que brota sangre: la experiencia del general Dulce; yo no os hablaré de esta experiencia, entre otras razones, porque lo ha hecho ya con magnífica elocuencia el Sr. Romero Robledo; yo sé que las libertades otorgadas por el general Dulce fueron, como en Méjico, fatales; proporcionaron a los insurgentes grandes medios de hostilizarlos, y dieron ocasión a sucesos como el del teatro de Villanueva, en que fueron atropelladas las autoridades españolas; y los autores de estos atentados, que fueron condenados a muchos años de presidio, que fueron enviados a la Península, llegaron a un puerto y fueron puestos en libertad, llegaron a Madrid y se pasearon libremente; se escaparon al extranjero, y publicaron infames libelos contra el nombre español, y luego fueron a New-York y hoy estarán con los insurrectos para asesinar a nuestros bizarros soldados a mansalva; todo lo cual, como comprenderá el Congreso, como comprenderá España entera y como comprenderán las Antillas, mal puede contribuir a pacificar las Antillas, a disminuir las dificultades con que luchan las autoridades, a que los voluntarios no se tomen la justicia por su mano inspirándoles confianza en el Gobierno de Madrid y en los ministros de España que consienten tales escándalos.

Pero el Sr. Ministro del ramo, el Sr. Becerra, me dirá: «yo no me ocupo de Cuba, en donde hay guerra; yo solo me ocupo de Puerto-Rico, que está tranquilo.» Y bien, pregunto yo: ¿está seguro el Sr. Ministro de no llevar la perturbación a la isla de Puerto-Rico y de no aumentar en la isla que está en guerra? ¿No teme que aumente la insurrección? ¿No teme que tengamos que enviar nuevas fuerzas en hombres y en dinero? ¿Se han tranquilizado por ventura sobre este punto las autoridades de Puerto-Rico? ¿No teme que se reproduzcan los sucesos de Lares, que el Sr. Valdés Linares empuñó la obra noche, y son más grandes? Porque no cabe negarlo con la cabeza, sino con documentos, y sería bueno traer sobre la mesa la causa que a ellos se refiere. ¿Se han tranquilizado, digo, las autoridades de Puerto-Rico? Además, no dice la Constitución que las reformas se entenderán para Cuba y Puerto-Rico? Y si mañana se pacifica Cuba, habrá Constitución en Puerto-Rico y en Cuba no? ¿No se nos echará en cara esta disparidad ínfima é injusta? ¿No la explotarán nuestros enemigos?

El Sr. Ministro de Ultramar, no en este debate, en otro que tiene analogía con él, ha insistido en las diferencias que hay entre las dos islas, diciendo que ni siquiera difieren en mucho más que se parecen. Este era el lenguaje del Sr. Seijas Lozano cuando el Sr. Seijas Lozano se oponía a introducir reformas en Ultramar, ocupando ese banco. Yo por mi parte, no voy a contestar a S. S.; voy sencillamente a leer lo que dice respecto de este punto un testimonio que no me rechazarán los americanos, el testimonio del gran publicista de Cuba, el testimonio del Sr. Saco. Decía así, a propósito de esta cuestión, escritor tan distinguido: «Grande, grandísima es la semejanza que hay entre la condición de esas dos islas. Ambas tienen el mismo clima, ambas las mismas producciones, ambas los mismos elementos de población, ambas la misma lengua, religión y costumbres, y se han venido rigiendo por las mismas instituciones hasta el día. Si puede haber entre esas dos Antillas alguna diferencia, es tan insignificante que en nada puede afectar los principios fundamentales de la libertad.»

«Las islas de Guadalupe y Martinica tienen entre sí la misma analogía que las de Cuba y Puerto-Rico, y por eso en 1827 el Gobierno francés les dió, como a las demás islas de la primera, una organización política. Aun es más notable la diferencia entre esas islas francesas y la Guayama que entre Cuba y Puerto-Rico; y muchísimo más todavía la que existe entre aquellas tres colonias y la isla de la Reunion ó Borbon, situada en los mares de la India cerca del Africa Oriental; pero esto no obstante, díselos a todas ellas en 1833 la misma Constitución política. Hoy mismo, a pesar de los cambios profundos que ha sufrido la Francia y sus posesiones de Ultramar, aquellas tres islas están sometidas al mismo régimen político, sancionado por un senado consulto.

«Con tender la vista sobre la misma Península se des-

cubre de golpe que entre algunas provincias de ella hay semejanzas mucho más grandes que entre Cuba y Puerto-Rico. Cataluña, Valencia, Galicia y las provincias Vascongadas ofrecen diferencias notables y profundas respecto á las Andalucías y otras partes de España. Háblanse en ellas idiomas y dialectos distintos; han existido bajo fueros y leyes diferentes; sus usos y costumbres varían mucho entre sí; mas á pesar de esto, todas, todas viven bajo las mismas instituciones.»

El Sr. PRESIDENTE: Sr. Navarro, si V. S. piensa extenderse mucho, habrá que consultar al Congreso si se proroga la sesión.

El Sr. NAVARRO y RODRIGO: Sr. Presidente, celebro que su señoría me haya llamado la atención en este momento, porque cabalmente iba á tratar ahora la cuestión bajo su aspecto internacional; y por lo tanto, siendo ya la hora tan avanzada, ruego á la Cámara se digna dejar esta cuestión para la próxima noche.

Sesión del día 30 de Marzo.

El Sr. NAVARRO y RODRIGO: Señores Diputados: después de los discursos que se han pronunciado sobre esta cuestión; después del discurso del Sr. Romero Robledo, tan abundante en datos relativos á la situación de la isla de Cuba y sobre los inconvenientes de plantear la Constitución que el Gobierno ha traído para Puerto-Rico; después del discurso del Sr. Plaja, que vino á robustecer estos mismos datos; después de mi discurso de anoche, poco es lo que tendré que decir en la sesión de hoy.

En la sesión de anoche tuve el honor de exponer á la Cámara las imprevisiones capitales, los errores capitales que, en mi concepto, hemos cometido desde la Revolución de Setiembre hasta el día en la conducta observada, en la política seguida en nuestras posesiones de Ultramar.

Hice observar que el Gobierno desconoció la especie de fatalismo histórico que reina, por desgracia, en todas nuestras revoluciones de la Península, las cuales coinciden siempre con movimientos en las Américas. Hice notar el error de no haber reemplazado al general Lersundi en su mando de Cuba durante cuatro meses. Hice notar el error de no haber reforzado, sino muy tarde y por intervalos, la escasa guarnición que teníamos en Cuba. Hice notar el error de haber enviado allí al general Dulce y de haber tolerado su política en el fugaz y tempestuoso período de su mando.

Hice también notar el error, en mi sentir, de haber colocado al frente del Ministerio de Ultramar á una persona dignísima, como es el Sr. Becerra, que puede prestar grandes servicios á la revolución en otros departamentos, mientras que en el que ocupa es un grave peligro, es una amenaza para los intereses españoles en Ultramar, en Cuba, en Puerto-Rico y aun en Filipinas. Hice notar el error de querer traer aquí una Constitución para Puerto-Rico y no llevar otra para Cuba, cuando el día de mañana, si se pacifica la mayor de las Antillas, será imposible que nadie defienda, que nadie sostenga esta desigualdad irritante, esta disparidad inicua é injusta.

Invité, rogué, pedí con encarecimiento al partido progresista que siguiera las huellas de sus grandes hombres, que siguiera las huellas del hombre que ha dejado una memoria más pura á la posteridad, del insigne Argüelles, y que sacudiera toda especie de fascinación, la fascinación inexplicable que ejerce sobre ese partido el Sr. Becerra, que se empeña en realizar en Ultramar una política radical, que allí ha de producir efectos deplorables, efectos funestísimos, y lo que es más, efectos irreparables.

Hice observar que no soy enemigo de reformas en las Antillas; que quiero reformas para las Antillas, pero con preparación, con la oportuna preparación y con la debida madurez.

Creía yo que al efecto lo más conveniente era abrir una información entre las autoridades superiores de las Antillas, de los capitanes generales de Cuba y Puerto-Rico, de las Audiencias, de los intendentes, de las corporaciones más respetables, oficiales ó populares, y de los jefes que mandan los voluntarios en Cuba, que son la representación de su industria, de su comercio y de su vida para que puestas estas informaciones enfrente de la antigua información abierta por iniciativa del Sr. Cánovas, y con fines muy patrióticos y que es hora ya de explicar para bien de S. S., para bien del Ministerio á que pertenecen S. S., para bien de la patria, el Gobierno pudiera ofrecer como el mediador natural entre pretensiones tan encontradas, é introducir reformas en el orden económico, en el orden administrativo, en el orden social y en el orden político, las cuales llevarían así el sello augusto de la imparcialidad, de la equidad, de la moderación y de la justicia. Anoche prometí ocuparme en esta sesión del aspecto internacional que tiene la cuestión que discutimos; aspecto que puede ser de una importancia gravísima y trascendental para ahora y para después, según haya sido la marcha de los ministros que se hayan sentado ó se sienten en ese banco.

Recordará la Cámara que no hace muchos días tuve la honra de pedir al Sr. Ministro de Estado que remitiera á la Asamblea las comunicaciones que hubiesen mediado entre el Gobierno español y el Gobierno de los Estados-Unidos acerca de la cuestión de las Antillas, acerca de las reformas que debíamos introducir en las Antillas. El Sr. Ministro de Estado no me ha contestado: el Sr. Ministro de Estado no ha remitido á la Asamblea los documentos reclamados.

Este silencio me parece sospechoso, mucho más cuando yo he oído por lo bajo una razón bien rara y bien grave; una razón que por su gravedad sólo se dice por lo bajo, para que se insista en esta Constitución y se insista en dar á las reformas de Puerto Rico la extensión y alcance que tienen en la misma.

Se dice que para conquistarnos la benevolencia de los Estados-Unidos; para evitar que los Estados-Unidos reconocieran como beligerantes á los insurrectos cubanos; para conseguir que nos dejaran sacar de aquellos astilleros las cañoneras en ellos construidas, se dice, digo, que el Gobierno español ha prometido llevar á las Antillas muchas libertades, tantas libertades, por lo menos, como tenemos aquí en la Península; sin considerar, y esta es la idea madre, esta la idea fundamental que me servirá en su día para juzgar y condenar la Constitución que se discute (si es que llega á discutirse); sin considerar que una pupila sumida en densas tinieblas, que pasa de repente á recibir la luz eléctrica del rayo, corre pe-

ligro de deslumbrarse y cegar para siempre, como ha ocurrido á los dominicanos, y como ha ocurrido á la mayor parte de las repúblicas hispano-americanas; sin considerar que, como dice el sabio Humboldt, «el hombre que pase bruscamente, repentinamente, de la Siberia al Senegal, correría el peligro de volverse loco,» como en efecto, en un vértigo continuo están esas repúblicas hispano-americanas.

Yo no puedo creer que esta promesa se haya hecho por los Ministros de la revolución de Setiembre: yo no lo creeré hasta tanto que los hechos públicos lo evidencien, porque sería un acto de insensatez, sobre el cual pesaría la maldición de los contemporáneos y de la posteridad: yo no concibo que esa promesa la haya hecho ningún Ministro de la revolución, sea Ministro en propiedad, ó sea Ministro interino: yo no concibo que esa promesa la haya hecho ningún Ministro de la revolución de Setiembre, sea en el recogimiento de su despacho, ó sea en las alegres expansiones de un alegre banquete.

Si se tratara de conquistarnos la benevolencia de los Estados-Unidos, sería bueno recordarles la nación europea en donde encontraron mayor calor y mayor arrimo para su independencia; sería bueno recordarles la política de Carlos III, que nos costó pérdidas tan grandes en las Américas; sería bueno recordarles la vida que España dejó al través de los siglos en las pampas del Perú, en las llanuras de Méjico y en las cimas de los Andes; sería bueno recordarles lo que dice mister Seward, Ministro de negocios extranjeros de los Estados-Unidos, que la España será siempre una potencia americana; sería bueno recordarles la fraternidad, la benevolencia con que nosotros guardamos la neutralidad con los Estados-Unidos en su lucha gigantesca con el Sur, en Cuba, en Puerto-Rico y en todas partes; sería bueno recordarles una cosa que yo no aprobé en mi conciencia, pero cosa al fin que se hizo en nombre de la Nación española, y es la conducta del actual Presidente del Consejo de Ministros en la cuestión de Méjico; que si en aquella cuestión España, unida con Inglaterra y Francia, en nombre de Europa, hubiera llevado adelante su intervención, reconociendo á los Estados del Sur, que era el complemento de aquella política, acaso el coloso hubiera venido á tierra; y España, y el Conde de Reus sobre todo, evitaron aquella humillación, aquella catástrofe, aquella vergüenza á los Estados-Unidos.

Si se tratara la cuestión en el terreno diplomático, sería bueno recordar otros precedentes; sería bueno recordar la conducta de los Estados-Unidos cuando se sublevaron nuestras colonias, que no fueron reconocidas como beligerantes hasta que tuvieron buques de guerra en la mar y Gobierno en tierra; sería bueno recordarles la política de los Estados-Unidos cuando se hallaron en el conflicto ocurrido entre el Brasil y Portugal, en que el mismo Monroe, el autor de la frase «Europa para los europeos y América para los americanos,» en que el mismo Monroe se puso al lado del Ministro de Portugal, y propuso á la Cámara de los Estados-Unidos una ley muy severa contra los súbditos norte-americanos que violasen las leyes de neutralidad.

Sería bueno recordarles el lenguaje del Gobierno de los Estados-Unidos cuando tenía, y tenía mucho, aunque no tuvieramos grande importancia, que España reconociese á los Estados del Sur como beligerantes; lenguaje que es muy significativo, y que yo deseo que la Cámara tome en consideración. Decía mister Seward, dirigiéndose al Gobierno español:

«¿Cuáles son los puntos más culminantes del sistema de los confederados? Que el Gobierno no debe servirse de fuerza militar permanente en la dirección de sus negocios interiores, sino que debe constituirse por el sufragio popular y depender de él; pero al mismo tiempo, la minoría, vencida en las elecciones, tendrá derecho para recurrir á la insurrección, no solamente para anular la decisión del pueblo, sino también para derribar al Gobierno, mientras que éste, por su parte, no podrá exigir legitimamente, por la fuerza, el cumplimiento de las leyes; que jamás podrá mantenerse unidos por la conquista ó por la fuerza á los diferentes Estados, sino por la federación voluntaria, que se extinguirá ser perpetua; pero cada parte del Estado, reteniendo su absoluta soberanía, tendrá derecho para retirarse de la unión federal cuando le plazca, sea en tiempo de guerra ó de paz, dejando sin pagar las deudas y sin cumplir los tratados comunes, y dando por nula la comun defensa. La parte que se separa podría apoderarse de los tesoros federales, de los medios de defensa, de las propiedades federales situadas dentro de sus límites; servirse de todo esto, ofreciendo sencillamente una indemnización equitativa. Si admitiera S. M. Católica este nuevo sistema, el Reino de España podría disolverse más rápidamente con él que con las guerras exteriores ó la mala administración interior: las dos Castillas, Andalucía, Aragón, Cuba y las Filipinas podrían separarse más fácilmente, según ese plan, que Nueva-York de la Luisiana, California de Massachusetts, Florida de Michigan.»

El Gobierno que usaba ese lenguaje para que España no reconociese á los Estados del Sur como beligerantes, Estados que tenían un Gobierno, que tenían unas Cámaras, que tenían un ejército poderoso y una armada terrible, ¿reconocería como beligerantes á los insurrectos de Cuba, que no son más que un puñado de rebeldes seguidos de unos centenares de ilusos? Yo creo que no. Y sobre todo, podíamos recordar á los Estados-Unidos la cuestión del Alabama, que mientras esta cuestión esté pendiente, que mientras esta cuestión amenace con un conflicto, el mayor que puede ocurrir entre dos pueblos, sería perder la cabeza los hombres de Estado de los Estados-Unidos, sería perder la cabeza el Presidente, los Ministros y las Cámaras el reconocer como beligerantes á los insurrectos cubanos en la situación que hoy tienen, siendo así que se desarmaban de toda razón y de todo derecho enfrente de Inglaterra.

Si después de esto, señores, viene un conflicto, sea enhorabuena, nuestra misma insignificancia nos daría fuerzas: nosotros no tenemos los lados vulnerables, ni en mar ni en tierra, que tienen los Estados-Unidos; nosotros no tenemos los grandes intereses que tienen los Estados-Unidos, y en que puedan ser lastimados; y si no retrocedían, como retrocedieron en una cuestión en que tenían harta más razón, en la cuestión del San Jacinto y del Tremp, entonces tendríamos á la Europa de nuestro lado, ya porque tenemos intereses comunes en América, ya por la solidaridad de intereses que hay entre todos los pueblos en el siglo XIX.

Y si no teníamos á la Europa de nuestro lado, si estábamos solos enfrente de los Estados-Unidos, yo oí el sábado, y me complací de oírlo en labios del Sr. Ministro de Ultramar, que los almirantes de los Estados-Unidos dicen á su Gobierno que la escuadra que tenemos en Cuba puede competir y luchar con las escuadras de los Estados-Unidos: y si perdiáramos los buques por defender nuestra honra, sería bueno recordar aquella frase inmortal del héroe del Pacífico: «Más vale honra sin barcos, que barcos sin honra;» frase sublime que emula la frase inmortal de Nelson en Trafalgar: «Inglaterra espera que todos cumplan hoy con su deber.» De modo que no solo tendríamos toda la razón, sino que además tenemos medios para combatir llegado el caso de un conflicto con los Estados-Unidos, y sin baladronadas podríamos hacer frente á ese conflicto; que en casos como este es bueno recordar aquella frase de Mirabeau que acostumbramos á olvidar en España con frecuencia: «Los grandes nos parecen grandes porque los miramos de rodillas.» Y, señores, ya que he hablado de la política de Monroe, de esa política que dice: «América para los americanos, Europa para los europeos,» permitidme que diga sobre ella cuatro palabras.

En nuestro siglo, cuando el ferro-carril, el vapor y los telégrafos acortan ó suprimen las distancias; cuando el cable trasatlántico dice en breves minutos á la Europa lo que se piensa ó pasa en América, y á América lo que se piensa ó pasa en Europa; cuando se abre el istmo de Suez y se suprime la lenta y peligrosa navegación del cabo de Buena-Esperanza; cuando se perforan los Alpes; cuando se acomete la gigantesca empresa de abrir el istmo de Panamá para suprimir el cabo de Hornos y el estrecho de Magallanes; cuando se construye el ferro-carril de San Francisco; cuando hay una trabazón tan grande y una solidaridad tan íntima de intereses entre todos los pueblos de la tierra; cuando hay una tendencia tan providencial de hacer de todos los pueblos una sola familia, hablar de la vieja política de Monroe, que como una amenaza pesa siempre sobre las naciones que tienen intereses en América, es como escupir una injuria al rostro de la humanidad, es querer perpetuar la guerra entre sus razas. No; á esa política hay que oponer otra política más amplia, más pura y generosa: el mundo para la humanidad. Por honra de las naciones y de los pueblos, las altas cuestiones de humanidad no son groseras cuestiones de geografía.

Si América tiene intereses en Europa; si los Estados-Unidos tiene intereses en la inmensa cuestión de Oriente, harán bien en enviar al almirante Ferragut á los Dardanelos para intervenir en esa cuestión; si América tiene intereses pendientes en la inmensa cuestión del poder temporal del Papa, hará bien en reclamar un puesto en las conferencias que con ese objeto se celebren; como si Europa tiene grandes intereses materiales, mercantiles, morales y de raza de América, debe intervenir en los negocios americanos.

Los vacíos de la civilización, las faltas y lagunas de población de unos lugares, se suplen con la plétora y exhuberancia que hay en otra. La perpétua infancia ó minoridad de una raza se compensa y se suple con los mayores progresos que alcanzan otras. Islas que por su corta extensión, ó poca población ó escasa importancia, no tienen condiciones para constituir una nacionalidad ni para aspirar á la independencia, tienen que perderse en el seno de una verdadera nación, como se pierden los arroyos en el seno de los ríos y los ríos en el seno de los mares; tienen que ampararse, tienen que estar al lado del pueblo, que en cierto modo las creó, ó vivir una vida precaria y miserable, en una independencia ilusoria, pasando de un protectorado á otro, de una dominación á otra, hasta llegar á perder de hecho y de derecho toda independencia, después de ser motivo de perturbación entre los pueblos, como hoy ocurre á Santo Domingo.

Algo de esto recuerdo haber leído yo en Stuart Mill, eminente publicista que citaba en la sesión del sábado el señor ministro de Ultramar; y fuera bueno que recordara su señoría esto que yo he dicho, sobre todo mientras ocupe ese banco, que obliga á mucha reserva, para reconocer nunca, nunca (lo oye su señoría), nunca la posibilidad de que Cuba y Puerto-Rico sean naciones independientes.

He expuesto estas ideas, que son de derecho internacional perfecto, que son de una moralidad internacional perfecta, no con miras de ambición, no con la vista codiciosa puesta en nuestro antiguo mundo colonial para hacer retroceder el tiempo y la historia, no: yo soy también de los que creen que á ciertas colonias en determinadas condiciones les llega la hora solemne de constituirse en nacionalidades, les llega la hora solemne de su mayor edad.

España pudo firmar llorando de dolor el acta de independencia de sus antiguas colonias, como toda madre derrama una lágrima al separarse de sus hijas queridas que crió con amor, cuando van á constituir una nueva familia; pero hoy es una verdad que todos en España deseamos que esas repúblicas sean prósperas y felices después de su completa emancipación. Nuestros padres pudieron pensar en reconstituir el mundo colonial que se les iba de entre las manos; pero un eco misterioso salido de los bosques de América parecía repetirles aquellas palabras de Raquel llorando sus hijos: *Nolint consolare quia non sunt.*

Quizá al contemplar las luchas eternas en que están sumidas las repúblicas hispano-americanas, y al comparar ese estado con la ventura, la libertad y la prosperidad de la Monarquía brasileña, hubiera sido de desear que al consumar su emancipación se hubiera cobijado la América latina á la sombra de la Monarquía, como quería realizarlo Bolívar para el Sur bajo la dinastía de los Orleans, y en el Norte como pretendía Itúrbide con la Monarquía de Borbon. Pero hoy nadie debe abrigar ese deseo, y menos que nadie los españoles.

Si, yo saludo con efusión á las repúblicas hispano-americanas; si, yo celebro que el Gobierno tenga ya firmado un tratado de paz con esas repúblicas; yo deseo que prosperen en la libertad, en el progreso, Chile, el Perú, el Ecuador, Méjico y todas las repúblicas que fueron nuestras antiguas colonias, porque deseo que se levante nuestra raza en América; porque el día en que una de esas antiguas colonias y modernas repúblicas sea absorbida por otra raza, ese día, como decía un ilustre orador en el Senado, lloraremos todos los españoles, tendremos que llevar luto todos los españoles por el hijo que se nos ha muerto en aquellos remotos climas.

De modo que conservando como depósito sagrado la integridad de todo lo que es hoy territorio español en América; de modo que no teniendo condiciones para aspirar á ser naciones independientes Cuba y Puerto-Rico, á las cuales esperaría la suerte de Santo Domingo; de modo que estando hoy esas dos islas por medio del telégrafo, por medio de los vapores, á menor distancia de la Península que antes estaban las Canarias y las Baleares, yo deseo que hagamos una política verdaderamente liberal en América, y comprendamos el papel que debemos allí desempeñar, que es la misión que ha reconocido el mismo mister Seward, la misión de ser una potencia eternamente americana. Debemos hacernos el órgano leal, el órgano desinteresado de las repúblicas hispano-americanas en Europa; debemos cultivar nuestras relaciones literarias, nuestras relaciones mercantiles, nuestras relaciones de raza, con aquellas repúblicas Y Cuba y Puerto-Rico deben ser como la casa propia que se ha construido España en América para cumplir su nobilísima misión; como nosotros, como España, debe ser como el propio hogar, como el hogar paterno de toda la América latina en Europa. (El Sr. Romero Robledo: Pido la palabra para una alusión personal.) Sí, señores Diputados, debemos defender esa casa propia que tenemos en América, debemos defender á Cuba y Puerto-Rico, resto sacratísimo de una gran herencia.

Señores, no es cuestión de partido: consultad la historia y obrad en conciencia: no es un interés mezquino de partido el que aquí se ventila; es el interés supremo de la patria. Yo ruego á las Cortes Constituyentes de 1839 por su propio honor que no leguen á la historia, al tratar de las cuestiones de América, una página tan triste como legaron las Cortes de 1820 al 23.

Otro Sr. Diputado, creo que el Sr. Romero Robledo, ha dicho en la explosión de su patriotismo: entre salvar la revolución y las colonias, quiero salvar las colonias y que se pierda la revolución: otros, inspirados quizá en un espíritu estrecho de partido, os dirán: entre salvar la revolución y las colonias, quiero salvar la revolución; que se pierdan las colonias. Yo, Sres. Diputados, os digo un gran verdad al aseguráros: si se pierden las Antillas, la revolución está perdida y deshonrada, porque habremos llegado á la posteridad mayor de las vergüenzas. He dicho.

ANUNCIO.

BOMBA QUÍMICA.

LA INVENCION MAS IMPORTANTE

DE ESTE SIGLO

PARA EXTINGUIR INCENDIOS.

Patente de Agosto 29 de 1869.

La inmensa destrucción causada por los fuegos ha llamado la atención pública al modo inadecuado y poco efectivo por los cuales se apagan hoy los incendios, y nada se había descubierto que llenase las exigencias de aquel peligro, hasta la invención de la Bomba Química, la que después de pruebas muy severas ha establecido su reputación sin rival, como aniquilador completo del más voraz elemento.

Sus ventajas son las siguientes:

- 1.ª Son sencillas en su construcción y pueden ser cargadas por hombres ó muchachos, y en ausencia de estos por mujeres.
- 2.ª La composición extinguidora no mancha ni destruye géneros ó muebles y puede permanecer años en sus latas sin perder sus cualidades.
- 3.ª La bomba se puede emplear, cuando no está cargada, en el riego de jardines, calles, huertas, etc.
- 4.ª El pitón de la manguera es de 1/4 de pulgada y puede apagar el fuego mayor que se presente; por consiguiente la cantidad de agua usada, es sumamente pequeña, evitando de este modo las averías ocasionadas por exceso de agua.
- 5.ª Como el gas se hace con el calor del fuego, ninguna parte de la composición se desperdicia en su trayecto y toda su fuerza actúa sobre la llama con terrible potencia, creando una atmósfera sobre la parte incendiada, subyugando aquella parte é impidiendo el retroceso del elemento destructor.
- 6.ª Esta máquina es de un valor inestimable para los talleres, depósito de los caminos de hierro, almacenes, buques, parques de Artillería, etc.: arroja una corriente de agua bien dirigida sobre 75 pies de elevación y siendo la manguera de bastante extensión puede recorrer: el área de cualquier edificio de dimensiones regulares.
- 7.ª Siendo su volumen pequeño, puede conducirse en las acémilas de los ejércitos en campaña, evitando de este modo los accidentes lamentables que son frecuentes en el transporte de sustancias explosivas: en los buques de la marina de guerra, esta máquina es de todo punto indispensable, y es de suponer que los gobiernos exijan como cláusula de seguridad el llevarlas á su bordo todas aquellas embarcaciones que conducen carga humana.
- 8.ª Cuando el fuego es producido por sustancias inflamables y de difícil dominio, es conveniente que además de la carga en la cámara de aire se eche una en el tanque del agua.

Depósitos.—Baños Viejos, 12, Barcelona.

MADRID: 1870.

Imp. de LA INTEGRIDAD NACIONAL, Dos Hermanas, 17.